

## DON ISIDRO GONZALEZ VELAZQUEZ (1765-1840)

Por Modesto López Otero, Arquitecto

En una serie ordenada de biografías, que continuasen las *Noticias de los arquitectos y arquitectura de España*, de Llaguno y Cean Bermúdez, se comenzaría por las de don Isidro González Velázquez y don Antonio López Aguado, ambos discípulos de Villanueva, y que Cean no publicó por tratar solamente de los contemporáneos que, al ver la luz su obra (1829), habían ya fallecido. Así, las *Noticias* terminan con la relación de la vida de don Silvestre Pérez, que con aquellos dos, son los arquitectos más notables del reinado de Fernando VII.

Isidro González Velázquez nació en Madrid, en 1765, en familia de artistas. Su abuelo, Pablo, fué un buen escultor; Antonio, su padre, un pintor excelente, y sus hermanos, Zacarías y Cástor, también pintores acreditados.

En 1779 comenzó a recibir lecciones de Arquitectura de don Juan de Villanueva, y fué luego su discípulo en la Academia de San Fernando, y pensado en Roma en 1790, donde permaneció hasta los treinta años.

Formado en el preceptismo académico, estudió durante su pensión, preferentemente, los monumentos helénicos de Nápoles y Sicilia. Son notables también sus dibujos y acuarelas de las ruinas del Palatino y del Coliseo, de las Termas, del Templo de Antonino y otros, que se conservan en la Biblioteca Nacional.

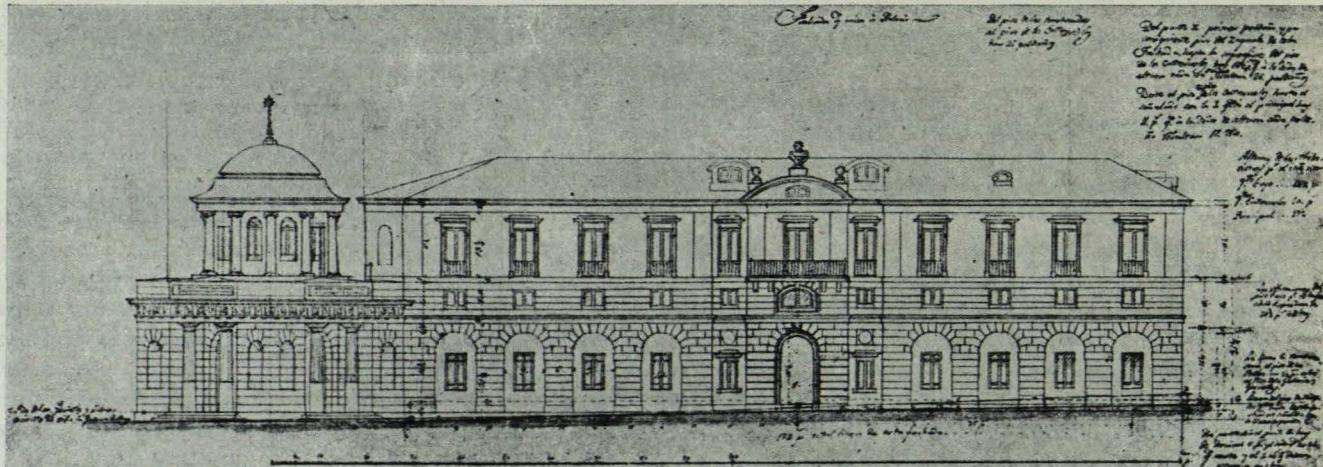
Regresado a Madrid, fué nombrado por la Academia de San Fernando académico de mérito y ayudante de su maestro Villanueva, al que siempre guardó respeto y devoción ejemplares, y con el cual colaboró en varias obras reales, especialmente en la Casa del Labrador, de Aranjuez, cuya fachada y buena parte de los interiores proyectó don Isidro. En la decoración y en los detalles constructivos de tan precioso palacete, el último y más lujoso de España, se aprecian su excelente cualidad de ornamentista, bien enterado del estilo dominante.

Tan leal como al maestro lo fué al rey legítimo, pues no queriendo servir al intruso, se desterró voluntariamente a Mallorca, donde realizó algunos trabajos, siendo



Don Isidro González Velázquez, cuadro al óleo, por D. Vicente López.

Fachada a Palacio, esquina a la actual calle Requena.

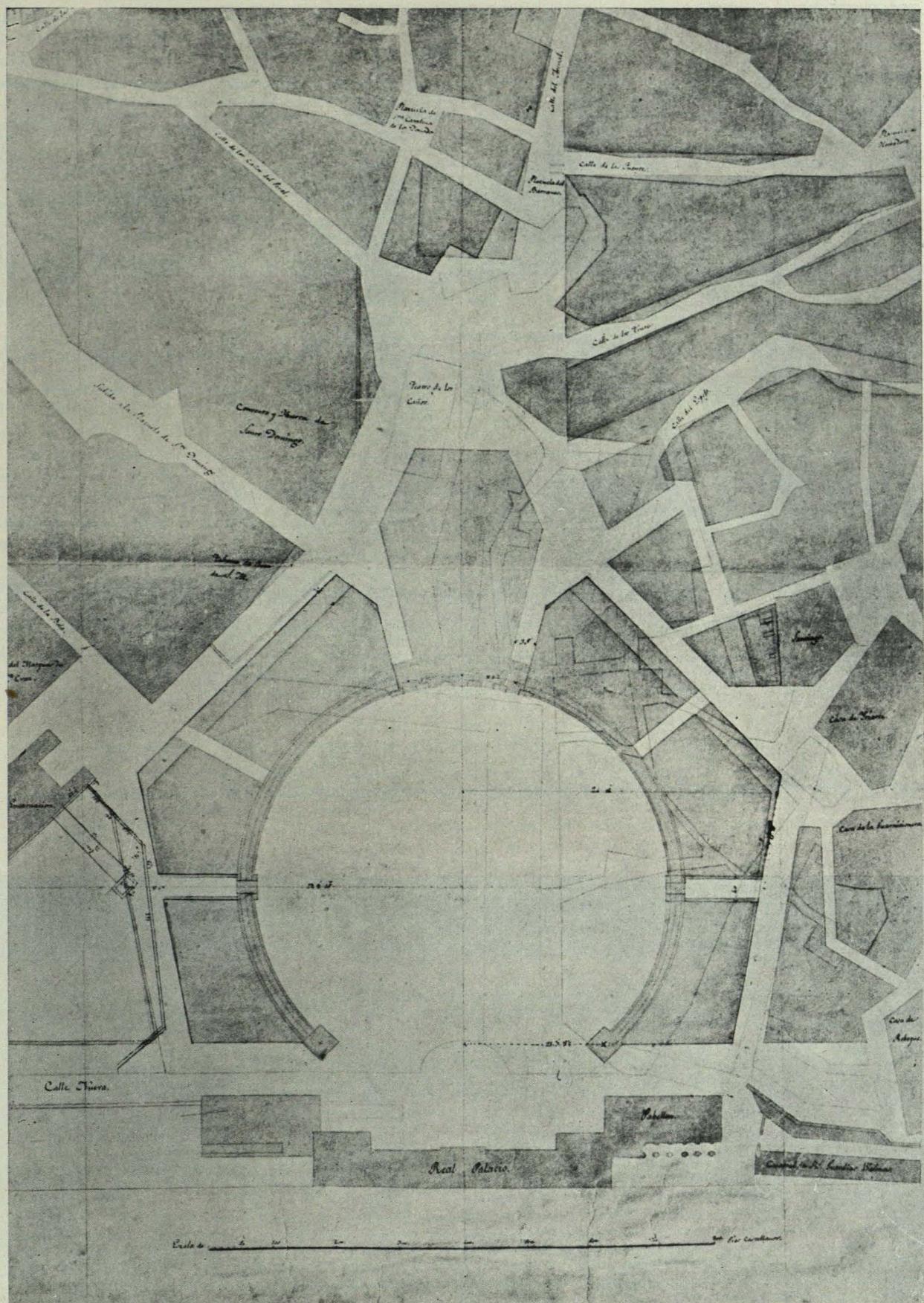


nombrado arquitecto mayor de Palacio, al restaurarse en el trono Fernando VII. Su labor principal es, desde entonces, la tarea de las obras reales; la iglesia y el teatro de El Pardo; la iglesia de la Isabela; el embarcadero del Retiro; fuentes en La Granja y Aranjuez, y otras en los demás Sitios Reales, propias de su cargo, el cual le obligaba también a realizar obras provisionales o transitorias, tales como la decoración del templo del palacio de doña María de Aragón para la reunión de las Cortes de 1820; todo esto, como se ve, poco importante para sus condiciones de gran arquitecto.

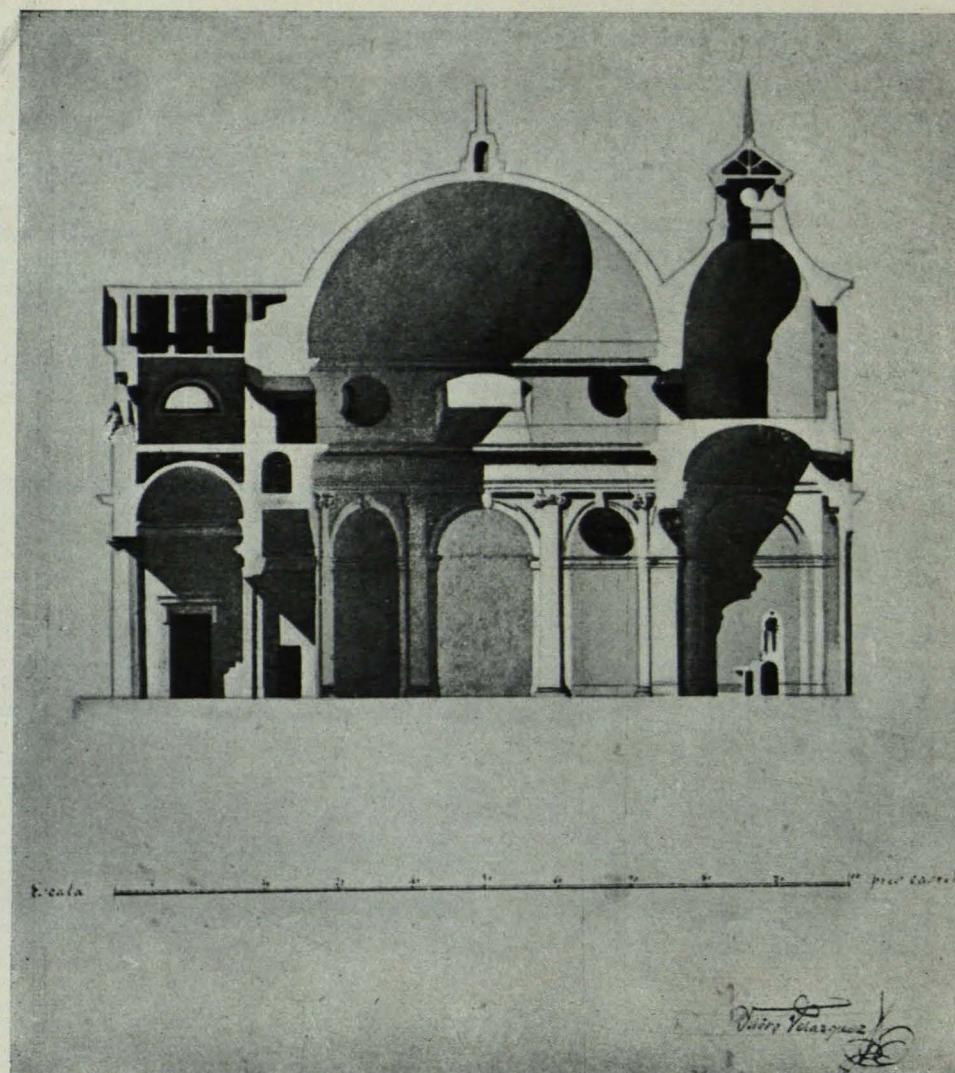
Sin embargo, en 1817, y por orden del monarca, proyectó González Velázquez su obra principal: la urbanización de la plaza de Oriente, composición muy discutida y fracasada, pero que, de haberse logrado, aun con todos sus defectos, hubiese impedido la destortalada arquitectura que hoy rodea a Palacio. En el eje normal a la base situó el teatro Real—que luego edificó López Aguado con proyecto preferido al de González Velázquez—, el cual, con modificaciones, es el que ha llegado a nuestros días. Esta obra de ordenación de una plaza—cuyos planos se conservan en Palacio—fue abandonada apenas comenzada, por onerosa al Tesoro Real.

Se confirmó el prestigio de González Velázquez con la elección, en concurso público (1821), de su proyecto de monumento a los héroes del 2 de Mayo, con el tema de obelisco, impuesto por las Cortes que decretaron su creación, llevada a cabo muchos años después.

La escasez de obras importantes en tan dilatada y preeminente vida, se explica por la situación de la España de Fernando VII, empobrecida y desgarrada por las luchas civiles, atormentada por pasiones polí-



*La Plaza de Oriente, según el proyecto de I. G. Velázquez. 1817.*



ticas, poco propicia para el sereno desarrollo de las artes.

La obra de González Velázquez se mantiene constantemente fiel a la forma helénica del neoclasicismo. Es cierto que fué educado en el rígido preceptismo de la Academia, pero las nuevas ideas sobre el valor de la antigüedad griega, las publicaciones de Julián David Leroy, de Stuart y Revett y otras por él conocidas, acerca de los monumentos de Grecia y Jonia, que resucitaron los estilos anteriores al clasicismo romano, y, sobre todo, el estudio directo de las ruinas de Nápoles y Sicilia, hicieron de don Isidro González Velázquez el representante en España de aquella modalidad helenística. En este aspecto es el arquitecto que investiga, midiendo y dibujando, y, sobre todo, *sintiendo*, los restos de los monumentos, para luego adaptarlos a sus composiciones, a la manera de muchos arquitectos viajeros contemporáneos.

González Velázquez conservó gran admiración por los templos de la magna Grecia, y su recuerdo no le abandonó jamás. Así, en la amarga

Sección de una iglesia en «La Isabela», 1826.

Fachada principal de la Casa del Labrador, en Aranjuez.



carta a su discípulo predilecto Aníbal Alvarez, que escribió pocos años de su muerte, le dice cómo se ocupa en dibujar las ruinas de Pestum que él estudiara en sus años mozos, dibujo romántico, que, según opinión propia, era «lo más concluido que había hecho en su vida»...

Esta fidelidad le impidió cultivar el goticismo, que otros grandes arquitectos de su época y de su altura, como Schinkel, compartían con el neohelénico.

Realmente, es interesante observar cómo en un país de tan gran riqueza arquitectónica medieval como España, de ambiente tan propicio al romanticismo, de tan hondos sentimientos de tradición, la resurrección de lo gótico se retardara aquí, estando limitada a las alabanzas líricas de unos pocos poetas o literatos, y a las efímeras fábricas de fiestas reales o a las escasas decoraciones interiores, cuando ya en otros países de Es-

paña se elevaban edificaciones civiles y religiosas de gran importancia, en el estilo gótico nacional.

Ello se debió, sin duda, y principalmente, a la influencia de la Academia de San Fernando y a su rígida preceptiva, de la que González Velázquez fué director. Sin embargo, ya sus discípulos se apresuran a implantar el eclecticismo en esa enseñanza, al mismo tiempo que en España se desarrollaban, con la fuerza de sentimientos contenidos, los estudios arqueológicos, ofreciendo a los arquitectos, prodigamente, sus ricos estilos históricos.

Del insigne arquitecto fernandino dejó don Vicente López el magnífico retrato que se conserva en la Academia de San Fernando.

Don Isidro González Velázquez murió en Madrid, el día 7 de diciembre de 1840.

## Carta que don Isidro González Velázquez escribe a su discípulo don Aníbal Alvarez

Madrid, 4 de mayo de 1836.

Mi apreciable discípulo Aníbal Alvarez: Acabo de recibir una carta de Vm. fecha 16 de febrero último, por mano del arquitecto americano don Domingo Gómez de la Fuente, cuyo joven me recomienda Vm. tanto; seguramente me ha parecido muy apreciable e instruido, quien ha quedado en volverme a ver trayéndome algunas cosas hechas tuyas, que deseo verlas. Yo, en el día, como jubilado, y que me estoy metido en un rincón, no valgo para nada, ni nadie cuenta conmigo (de lo que me alegro mucho); pero si en algo le pudiese servir, lo haré. Lo primero, por ser un artista de mérito, y lo segundo, por ser un amigo. Justamente, el referido profesor me ha hallado acabando de pintar a la aguada, con los tres colores, la vista del Vesubio de Nápoles, a la luz del día, y también la vista de la campiña que ocupa la antigua ciudad de Pesto, con todas sus ruinas, etc., por pequeños y ligeros apuntes que conservo de cuando yo estuve hace cuarenta y cuatro años, que tomé por el original. No se puede Vm. figurar lo que yo me he divertido con pintarlas, siendo (según dicen mis compañeros profesores) que es lo mejor que yo he pintado y lo más concluido que he hecho en toda mi vida, alabándome yo mismo en ver lo que hago a los setenta y dos años de edad, aunque con bastante trabajo ya de la falta de vista, pues ésta va ya faltando, sintiendo al mismo tiempo que por este motivo me imposibilita enteramente, privándome de divertirme con mi trabajo, pues en el día no tengo ni hallo otro recreo que el de emplear, por lo menos, cuatro o cinco horas en hacer cualquiera cosa de las bellas artes que profeso. Y, habiendo sido (como todos saben) tan andador, las piernas en el día no me permiten salir quasi de casa. ¡Cómo ha de ser! Los años no pasan en balde, y gracias que lo cuento, pues, a pesar de mis muchos achaques, no sé lo que son calenturas. Pero esta máquina, de todos modos, se va desplomando.

Anterior a la del 16 de febrero recibí otra de Vm. por mano de su señor tío Redón, con fecha 16 de enero, en la que me daba Vm. parte del viaje que había Vm. hecho a la Posidonia y de los apuntes y demás observaciones que había practicado de

todas aquellas bellezas de antigüedades griegas que allí permanecen al cabo de tantos siglos. De muy buena gana hubiera yo acompañado a Vm. para haber visto con más despacio y comodidad aquellas hermosas ruinas, pues cuando yo estuve fué por muy mal tiempo, viajando al mismo tiempo por desiertos, quedándose sin tener qué comer en tres o cuatro días, más que puñados de yerba, como si fuera una oveja, y con las onzas en el bolsillo sin tener dónde comprar por ningún dinero un pan siquiera. Y ahora me consta que se corre la posta desde Nápoles hasta las mismas ruinas de Pesto. En fin, Vm. siga estudiando cuanto más pueda para ver si logra a su regreso a ésta ser más feliz que yo, pues todavía no saben, ni han sabido nunca (en esta desgraciada mi patria) para qué puedo ser útil, no habiéndome probado todavía mis talentos con mandarme a hacer una obra que me hiciese honor e igualmente a mi nación; pues la única obra que me hubiera originado esta gloria sería la de la Plaza de Oriente, y ésta se paró para siempre; estorbando ql mismo tiempo las intrigas de mis enemigos que pusiese en obra aquel gran proyecto del teatro, que aún está decorando las paredes de mi estudio. Esta es la desgraciada y mala suerte de este artista, su maestro, el que, por lo menos, ha hecho por aprovechar el tiempo cuanto ha podido, cumpliendo siempre con su obligación cincuenta y seis años de honrados servicios a tres monarcas que ha tenido el honor de servir; cumpliendo al mismo tiempo setenta y dos años de edad, sin haberle empleado estos señores más que [en] hacer chapucerías y bagatelas, en las que jamás ha podido el desgraciado Velázquez mostrar sus dilatados estudios. ¿De qué me sirve haber llegado a tener el empleo de ser arquitecto mayor de SS. MM. y AA., si no me han mandado hacer nada que perpetúe la memoria del referido profesor? A lo menos tuvo más fortuna que yo mi antecesor y maestro, el gran Villanueva, que dejó la obra del Museo de Pinturas y otras muchas que le hacen muy justo honor, perpetuando su gran talento.

Es cuanto se me ofrece. Páselo Vm. bien con esas bellezas de las antigüedades y vea en qué puede serle útil este su afectísimo maestro,

ISIDRO VELÁZQUEZ.